



EL PETRIQUILLO

POR JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA

Con cierta frecuencia sabemos de dinastías que destacan en el ejercicio de las más diversas especialidades, bien entre miembros coetáneos o a través de una sucesión de generaciones. Dentro de los campos más heterogéneos, los ejemplos en este sentido son numerosos y los tenemos al alcance de la mano. Mas el caso al que voy a aludir seguidamente no es muy frecuente. Se trata, simplemente, del recuerdo a un Petriquillo, cuyo nombre y otros detalles concretos los omito por razones obvias. Pero éste no es José Francisco de Tellería, “el menudo e inquieto Petriquillo”, como le llama el Padre José Ignacio Lasa. Aquel curandero, que con resulta-

dos bien distintos atendió a los generales Jáuregui y Zumalacárregui, falleció entre Legazpia y Oñate, como nos lo dice una lápida que la vemos junto a la carretera.

José Francisco de Tellería era de Cerain y ha pasado a la historia unido a la desaparición del brillante militar de Ormaiztegui. A este Petriquillo lo contemplamos desde una perspectiva nada favorable a su imagen, puesto que su nombre nos llega en función de una intervención nada afortunada.

* * *

Como he señalado más arriba, el Petriquillo objeto de mi interés es otro. Es un “ezur-konpontzaille” con quien me unió una buena amistad, cultivada durante varios años. Este Petriquillo nació el 13 de mayo de 1894 y murió setentón, cuando su vitalidad y plena dedicación a su quehacer no presagiaban el fatal desenlace.

Al Petriquillo le recuerdo con su boina, blusa y bastón indefectibles. Sus ojillos vivos de penetrante mirada descubrían al hombre despierto y conocedor de muchos secretos que la vida sólo enseña a quien sabe consultar, cotidianamente, esa disciplina tan vasta e importante como es la metodología. El Petriquillo conocía al pueblo y a sus gentes. Su vida, muy peculiar por cierto, se movía dentro de un curioso anecdotario, enriquecido día a día.

Sus antepasados, tanto el abuelo, Miguel Tomás, como el padre, Antonio, fueron asimismo “ezur-konpontzailles”, dedicados exclusivamente al campo de la traumatología.

El Petriquillo de quien hablo se formó junto a su progenitor, quien explicaba los secretos del oficio valiéndose de los huesos de los cerdos sacrificados en el caserío.

* * *

Aquellos petriquillos llegaban al pueblo de turno y se acercaban al solitario caserío, que precisaba de sus servicios.

Un buen día padre e hijo acudieron al caserío “Eguareeta”, de Belaunza, donde atendieron a dos pacientes aquejados de varias fracturas.

A la muerte de su padre, el joven Petriquillo contaba veintiocho años, y comenzaba su solitaria andadura por gran parte de Guipúzcoa y Navarra, y algo por el País Vasco continental, así como tuvo que trabajar en Asturias y Orense, de manera fortuita y accidental. La primera asistencia bajo su única responsabilidad la llevó a cabo en Azcarate, localidad navarra del Valle de Araiz, por fractura de fémur en una criatura de dos años.

El instrumental de este Petriquillo —al igual que el de sus predecesores— se reducía a sus habilidosas manos. Atendió, de manera especial, a futbolistas y pelotaris, y entre sus amistades figuraban varios médicos. Pero el envés de su vida no se halló exento de malos ratos y alguna denuncia, en rarísima ocasión, hecho por otra parte inevitable en el desempeño de su dilatada dedicación.

* * *

El Petriquillo poco sabía del ya mentado José Francisco de Tellería; pero contaba con referencias de una mujer de Illarregui, de igual profesión. Tenía también noticia de un petriquillo de Villafranca de Ordizia y de otro que creía era de Olcoz.

La vida me depara frecuentes ocasiones para no olvidar al aludido Petriquillo. Para recordar con afecto a aquel hombre euskaldun, servicial y competente, que fue mi amigo el Petriquillo.

